MUNDO DE LIBROS

Sí sé por qué: Novela

FELIPE TRIGO

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

Sí sé por qué: Novela

Felipe Trigo

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at http://www.pgdp.net (This file was produced from images available at The Internet Archive)

SÍ SÉ POR QUÉ

OBRAS DE FELIPE TRIGO

LAS INGENUAS, NOVELA, dos tomos (_sexta edición_), 7 pesetas.

LA SED DE AMAR, NOVELA (_sexta edición_), 3,50 pesetas.

ALMA EN LOS LABIOS, NOVELA (_cuarta edición_), 3,50 ptas.

LA ALTÍSIMA, NOVELA (_cuarta edición_), 3,50 ptas.

DEL FRIO AL FUEGO: Ellas á bordo, NOVELA (_tercera edición_), 3,50 ptas.

LA BRUTA: Héroes de ahora, NOVELA (_cuarta edición_), 3,50 ptas.

LA DE LOS OJOS COLOR DE UVA.--REVELADORAS.--LO IRREPARABLE, tres novelas en un tomo (_tercera edición_), 3,50 ptas.

SOR DEMONIO: El honor de un marido hidalgo y metafísico, NOVELA (_cuarta edición_), 3,50 ptas.

EN LA CARRERA: Un buen chico estudiante en Madrid, NOVELA (_tercera edición_), 3,50 ptas.

SOCIALISMO INDIVIDUALISTA, ESTUDIO (_cuarta edición_), 3 ptas.

EL AMOR EN LA VIDA Y EN LOS LIBROS, ESTUDIO (_tercera edición_), 3,50 ptas.

LA CLAVE, NOVELA (_tercera edición_), 3,50 ptas.

LAS EVAS DEL PARAÍSO, NOVELA (_segunda edición_), 3,50 ptas.

LAS POSADAS DEL AMOR, NOVELA (_segunda edición_), 3,50 ptas.

CUENTOS INGENUOS (_tercera edición_), 2 pesetas.

EL MÉDICO RURAL, NOVELA (_sexta edición_), 3,50 pesetas.

LOS ABISMOS, NOVELA, 3,50 ptas.

EL PAPA DE LAS BELLEZAS, NOVELA, 3,50 pesetas.

JARRAPELLEJOS: Vida arcádica, feliz e independiente de un español representativo, NOVELA, 3,50 pesetas.

CRISIS DE LA CIVILIZACIÓN.--LA GUERRA EUROPEA, 3,50 pesetas.

ASI PAGA EL DIABLO.--Á PRUEBA.--EL GRAN SIMPÁTICO, tres novelas en un tomo (_segunda edición_), una peseta.

FELIPE TRIGO

SÍ SÉ POR QUÉ

(NOVELA)

RENACIMIENTO

SAN MARCOS, 42

MADRID

1916

ES PROPIEDAD

Imprenta Renacimiento, San Marcos, 42.--Teléfono 4.967.

PRIMERA PARTE

I

En el expreso, con un recelo casi de terror, conocí ayer á estos que habrán de ser mis compañeros de buque: Albert, cónsul; Carlos Victoria, el famoso dramaturgo, y Alejo Hugo Martín, _attaché_ militar en la Argentina.

¡Oh, mi forzosa intimidad con los extraños! ¡Mi débil voluntad, además, para cortarla..., yo que contaba siquiera en esta empresa con

la soledad del Océano, y á quien el simple encuentro de un amigo por las calles de Madrid causaba angustia al corazón, temblores y una afonía instantánea y sofocada, como si me echasen una cuerda al cuello!... Por lo pronto, anoche, en el tren, un señor al pie de mi litera; tres al despertar, forzádome á sus charlas... y un hotel ahora, aquí, donde, á más de los nuevos conocidos, me aguardan cuatro periodistas. Son gaditanos, que se han apresurado á saludar al dramaturgo; quieren despedirle de España cenando en Puerta de Tierra, y, con la jovialidad del montilla, se obstinan en que yo les acompañe.

En última consecuencia, debo confesar que no me es completamente insoportable la continua conversación; por primera vez desde hace mucho tiempo, gracias á ella, me ha faltado para ensimismarme en la manía de mis reflexiones dolorosas, y á ratos incluso llego á reír y bromear. Encontraríame satisfecho, ante éstos que no hubieran podido sospechar hallarse departiendo con un enfermo grave, si á última hora no hubiese cedido á la insana cobardía de hablarles de mi enfermedad, de mi neurastenia...

¡Maldita neurastenia!... Les conté todo: que estoy á régimen; que no duermo; que lloro á veces como un niño...; que una extraña piedad me acongoja ante el espectáculo de un mendigo ó de una mujer desamparada...

¡Maldita neurastenia!... Menos mal que no les referí cómo una tarde estuve si me tiro del Viaducto. No puedo tolerar el espectáculo de la barbarie humana. Me ahogan de piedad, de piedad, de piedad... las crueldades de la vida; y la neurastenia no es, tal vez, más que... eso: un estado de exaltación que nos deja percibir en su exacta verdad

horrible el fondo de las cosas.

Un estado de clarividencia, de perfección, en que se siente el dolor que nos circunda cual si se tuviese el alma en carne viva. No hay tormento comparable; mas tampoco nada que nos hunda tan sombría y grandiosamente en la mística significación del Universo. Si los dioses sufren, deben de sufrir de neurastenia. Por ella he aprendido á amar las nubes, el sol, los campos, la nobleza, la pureza, los juegos de las flores y las niñas, lo sencillo.

Vienen los _amigos_ á buscarme. Con recóndito pudor les habré de volver á escuchar sus groserías de conquistas y mujeres..., esas mismas groserías de mi pasado que ahora me avergüenzan como en un implacable espejo al oírselas á ellos: ¡Placer, sí, Placer! Seguirán hablando de Placer, la artista que conocimos en el tren y que va también á Buenos Aires. Piensan ya cuál habrá de acapararla... El cónsul, rubio Apolo, la habló en el pasillo del _sleeping_. Parece que ella le manifestó que me conoce de vista, que soy el marqués de Torre-Alba (me confunde con mi hermano); y este conocimiento, aunque les aclaré la confusión, basta á poner en guardia á _mis amigos_ sobre «la ventaja que me pueda deparar la idea del marquesado con la procacísima cocota»...

Han subido la escalera en escándalo de risas. Abren. Sin tiempo para echarme de la cama, quedo incorporado.

--¡Hala! ¡Pero, hombre, Adamar, que estamos esperando! ¿Qué hace usted?

Creerán que me he recluído en el cuarto tratando de ver en el próximo á la cocota, ó á la actriz, ó á lo que sea esa bella de cien kilos... y me ocasionaría sonrojo confidenciarles que subí, á pretexto del sombrero

y el bastón, con la única avidez de meditar mis sobresaltos.

Partimos en dos coches. El andaluz anochecer primaveral huele á claveles. El viento zumba así que dejamos las murallas.

Es la cena de mariscos. No me ha valido la disculpa de mi régimen. Mejor. Comeré y beberé hasta reventar, á ver si acaba mi excelso martirio cuanto antes. Por vergüenza hacia el doctor y mi pobre hermana Elena, que me animaron al viaje, no me vuelvo en el primer tren al tétrico encanto de mi casa.

Comeré mucho, tendré una tremenda indigestión, y mañana, en vez de embarcarme, los propios compañeros me reexpedirán para Madrid. Ahora que son inminentes, el barco y el mar me horrorizan.

No lejos del cenador donde nos sirven abrasando la sopa de almejas, entre flores, botellas y cañas, rugen furiosamente las olas. Sopla el levante y danzan los faroles de papel colgados sobre la mesa. Comemos, comemos; yo me harto. Ponen tortilla de percebes. Y el caso es que la devoro con gusto. Que me sepa bien, al menos, si todo esto ha de ser el veneno que me mate.

Háblase de toros. En seguida de mujeres. Hay, sin embargo, un asunto de gran actualidad, y en él recae la charla: el célebre crimen de Roma, que está intrigando al mundo. Apenas lo he seguido á saltos en la Prensa, por fatiga de atención á cuanto conmigo ó mi enfermedad no se relacione, y me puntualizan el suceso: Una mañana el conde de Montsalvato apareció muerto en su palacio campestre; no obstante haber manifestado su mujer (una joven mejicana, bellísima) que despertada por lamentos sordos acudió desde la inmediata alcoba y le encontró agonizando de un ataque al corazón, huellas de violencia en la garganta del cadáver hicieron imprescindible la autopsia, que

descubrió la fractura del hiodes y rastros de un veneno. Se pensó que el asesino fuese algún criado que intoxicaría al conde al servirle de cenar; que, impaciente, habría querido acabar de rematarle en el silencio de sueño de la casa, y que no hubiese podido efectuar el robo al sentir á la condesa. Muchos días, con su falsa aflicción de viuda, continuó ésta en el palacio; pero los periódicos empezaban á insinuar los amores de ella con un profesor de equitación, un emigrado austriaco de historia equívoca, y de pronto, en compañía de una doncella, fugáronse los dos.

Según telegramas que los periodistas recibieron hoy, el austriaco ha sido preso en Trieste.

Recuerdo haber visto en los periódicos las fotografías de la condesa, primero como ilustre viuda, después como criminal..., bella, muy bella en uno y otro aspecto--si bien habiendo creído advertirla en el segundo un no sé qué de feroz y repulsivo.

Pero me importan poco, en suma, el crimen, la condesa y estas necias oscilaciones de nuestra percepción que nos hacen ver diferente el gesto de una cara según nos digan que se trata de una santa ó de una miserable...; y escucho á los demás, y como, como langosta, y langostinos, y ostras, y bocas de la isla y pastelillos de cangrejo...

Mañana la indigestión... No seré yo quien salga de tierra para meterme en ese mar donde estoy viendo bailar las luces de los buques..., donde el viento, más fuerte cada vez, hace de las suyas.

Un farol de nuestra mesa ha ido á parar, con vela y todo, á siete metros. Otros han ardido...

Entre levantarme apresuradamente, á las ocho (tras un sueño de cinco

horas, porque nos acostamos á las tres), arreglar mi equipaje de mano, salir á aprovisionarme de acidol, bromuro y comprimidos de Vichy, y venir luego al puerto con el apremio del vapor que va á zarpar, no me ha quedado un segundo para pensar en mis congojas. Sólo sé que por invitación del cónsul, y casi encima de él, nos ha acompañado Placer en la berlina, y que, contra lo temido por mí, me ha sentado bien la brutal cena de anoche.

El levante nos azota y flamea violentamente las gasas del sombrero y las faldas de Placer--que el cónsul ayúdala á arreglar con manejos atrevidos. Contiénelos la presencia de la mucha gente y de las damas que esperan el embarque. Baja la marea, el mar, que estrella sus olas contra el muro, es una zarabanda infernal de espumas y de barcos. Imposible pensar en las lanchas, sin peligro. A tres millas divisamos el _Victoria Eugenia_ en una confusión de trasatlánticos. Van y vienen los remolcadores. Atracan mal á la escalera, y el traslado de cosas y personas se efectúa difícilmente.

Vemos llegar á un esquelético negro vestido de chaqué, con una caja de violín, que deposita cuidadoso al socaire de la caseta factoría; quítase los puños, no muy limpios, y con gemelos inclusive los lanza al vendaval... ¡Diablo de hombre! Hemos visto sus puños huír y perderse rectos en la furia de las olas como dos aves libertadas.

Uno de los periodistas nos informa de que el negro es un músico excelente, mimado en tiempos por el kaiser, en Berlín, y hoy enfermo y miserable. La noticia le cae á mi neurastenia malamente. Símbolo de la humana veleidad. Yo también fuí algo de la vida, y ya no soy nada de la vida..., ya no soy más que un harapo.

Parte un remolcador, á tumbos y á gritos de mujeres. Llega otro. Se le

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com